

Anejos de anales de arqueología cordobesa. n.º 1. Convenio de colaboración UCO-GMU. Córdoba. 2008.

El primer número de esta nueva publicación periódica pretende dar a conocer de forma actualizada las muchas novedades que genera la arqueología en el entorno cordobés. La edición, que consta de 347 páginas, se estructura en diecisiete artículos vertebrados en ocho grandes apartados. Se presenta de una forma muy cuidada, con una buena encuadernación, calidad de impresión y un desarrollo gráfico en el que no se han escatimado los esfuerzos. Se trata de una interesante iniciativa que viene a completar otras publicaciones periódicas ya existentes del Área de Arqueología de la Universidad de Córdoba: *Anales de Arqueología Cordobesa* y *Monografías de Arqueología Cordobesa*.

A modo de introducción, presentan un primer bloque (León Muñoz, 11-15) donde se da a conocer el esfuerzo y largo recorrido que ambas instituciones implicadas, el Área de Arqueología de la Universidad de Córdoba y la Gerencia Municipal de Urbanismo, han realizado desde principios de los años 90 del siglo XX, hasta desembocar en el actual convenio de colaboración, cuya dirección comparten Desiderio Vaquerizo, por parte del Área de Arqueología de la universidad, y Juan F. Murillo, de la Oficina Municipal de Arqueología de la Gerencia Municipal de Urbanismo.

A través de todo este proceso se ha logrado sistematizar la investigación de la ciudad de Córdoba como yacimiento único, creando para ello un equipo pluridisciplinar con un claro compromiso social: revertir los resultados obtenidos a la sociedad que los sostiene y conseguir además que ésta deje de percibir la arqueología como un problema o freno en el necesario desarrollo urbanístico de la ciudad. Ejemplo de esta pluridisciplinariedad es la variada procedencia de los firmantes de los diferentes artículos, pues además de los directamente pertenecientes a dicho convenio, sobresale la colaboración de investigadores adscritos a las Áreas de Prehistoria y de Arqueología de la Universidad Córdoba, de Prehistoria de la Universidad Pablo de Olavide, de la Delegación Provincial de Cultura de la Junta de Andalucía, de la propia Oficina Municipal de Arqueología y la aportación que hacen varios arqueólogos profesionales.

Estamos ante un magnífico ejemplo de cómo las instituciones implicadas en esta nueva colección, logran una gran productividad científica que se desprende de los buenos usos y relaciones entre instituciones, una destinada a la docencia y formación científica de los profesionales que han de actuar en la ciudad y otra siendo la responsable de la gestión y planteamiento

del suelo urbano (siempre en colaboración con la Delegación Provincial de Cultura de la Junta de Andalucía).

La Introducción cuenta con un segundo capítulo (Convenio GMU-UCO, 16-20), en el que se muestra el agradecimiento a dos personas cuyas vidas estuvieron dedicadas a la defensa y desarrollo de la arqueología cordobesa: Ana M^a Vincent Zaragoza, antigua directora del Museo Arqueológico de Córdoba y Alejandro Marcos Pous, profesor de Arqueología de la Universidad de Córdoba y conservador del mismo museo. Con toda justicia se destaca su importante contribución a la investigación sobre la rica arqueología cordobesa y la influencia que su meritoria labor ha ejercido en los investigadores inmersos hoy día en los avatares arqueológicos de la ciudad.

Los siguientes apartados que se desarrollan presentan novedades arqueológicas de la ciudad y su entorno más inmediato; se distribuyen por periodos: Prehistoria, Arqueología Clásica, Arqueología de Época Tardoantigua, Arqueología Medieval y Arqueología Postmedieval. Nuevos datos y estudios provenientes en su mayoría de intervenciones urbanas, realizadas en la ciudad desde mediados de los años 90 del pasado siglo.

Es la parte dedicada a la Arqueología Medieval la más prolífica en resultados en esta publicación, con tres artículos referidos al urbanismo cordobés; aportando nuevos conocimientos sobre algunos de los numerosos arrabales que se desarrollaron en épocas y ubicaciones diferentes de la ciudad: el arrabal de *Saqunda* (Casal Garcia, 109-134), el *Yanib al-Garbi* (Ruiz Lara, Sánchez Madrid *et al.*, 163-200) y *al-Yanib al-Yawfi* (León Pastor y Castro del Río, 221-232). El primero de ellos se localiza en la orilla izquierda del río Guadalquivir, con una existencia breve —desde mediados del siglo VIII hasta fines del segundo decenio del siglo IX—, pero de vital importancia por tratarse del primer arrabal de la *Qurtuba* emiral. El segundo, abarca una serie de intervenciones realizadas en diversos puntos de las instalaciones del Zoológico Municipal que han sacado a la luz una ininterrumpida ocupación hispanomusulmana, desde al menos finales del siglo VIII, aportándose un mayor conocimiento del urbanismo emiral, califal y almohade éste último posible gracias a la documentación de un tramo murario de carácter defensivo. El tercer sector, ocupado también por un arrabal, presenta unos indicios de ocupación primaria desde finales del emirato o principios del califato, combinado con un periodo de abandono a lo largo del siglo XI, y sobre el que hay indicios de una reocupación y expansión del arrabal en el transcurso del siglo XII.

Estos artículos se complementan con otros cinco de diferente naturaleza; uno de ellos analiza y lleva a cabo una primera clasificación de 15 casas andalusíes del siglo X (Cánovas Ubera y Moreno Almenara, 201-220), mientras los otros cuatro se ocupan del estudio de materiales de diversa índole de los distintos periodos hispanomusulmanes documentados en la ciudad. Respecto a los complejos tecno-cerámicos contamos con el estudio de un conjunto emiral proveniente de un sector del ya comentado arrabal de *Saqunda* (López Guerrero, 135-162), así como el proceso de abandono de una almunia en época califal en el siglo X a través de su cerámica, junto a los resultados aportados por un basurero almohade (ambos en Salinas Pleguezuelo, 247-264); y del mismo periodo pero de un estadio más avanzado, el análisis del ajuar de un ámbito doméstico (Salinas Pleguezuelo y Méndez Santisteban, 265-278). Por último, se presenta un artículo dedicado a un interesante conjunto de vidrios califales (Carmona Berenguer, Moreno Almenara y González Virseda, 233-246), que fueron ocultados en un tramo anulado de un acueducto romano, posteriormente remodelado y reutilizado en época medieval.

Los capítulos dedicados a los demás periodos, no por ser menos en número son inferiores en interés. Así contamos con un artículo que se centra en un yacimiento prehistórico (Clapés Salmoral, Castillo Pérez de Siles *et al.*, 23-42); se trata de una intervención realizada en Alcolea (Córdoba), que ha sacado a la luz 10 estructuras (8 fondos circulares y 2 de dudosa interpretación, tanto formal como cronológica), en la que como sus autores destacan ha permitido reanudar el estudio de un periodo histórico mal conocido en la provincia cordobesa como es el arco cronológico que se extiende desde el IV hasta el II milenio a.C.

El *Ager Cordubensis* y su *territorium* es sometido a revisión y se plantea una nueva propuesta de delimitación en el artículo (Rodríguez Sánchez, 45-66) incluido en el apartado de Arqueología Clásica, junto a otro que desarrolla los procesos de reciclaje de material constructivo de carácter monumental en las ciudades bajoimperiales, en este caso aplicado a la reutilización del mármol de la capital cordobesa (Moreno Almenara y Gutiérrez Deza, 67-82).

La tardoantigüedad es tratada en esta obra a través de un único artículo (Bermúdez Cano y León Pastor, 85-106) dedicado al estudio de diferentes fragmentos de piezas decorativas que han podido ser documentadas

en el Alcázar de los Reyes Cristianos, edificio de gran heterogeneidad edilicia y bajo el que se presupone la existencia de un palacio visigodo.

Y demostrando el estudio arqueológico que puede llevarse a cabo en edificios que aún hoy en día se mantienen en pie, o al menos parte de ellos, contamos, en el apartado dedicado a los periodos postmedievales de Córdoba, con un análisis (León Pastor, Moreno Almenara *et al.*, 281-300) de los diferentes ejemplos de vestigios arquitectónicos mudéjares que perviven en algunos de sus inmuebles históricos. Se pone con ello énfasis en la importancia del mudéjar en la ciudad, muchas veces enmascarado por las obras renacentistas. Además, se incluye un curioso artículo (González Virseda y Moreno Almenara, 301-318) dedicado a un conjunto cerámico de principios del siglo XVII, con objetos tanto de procedencia local como importada, la destinada a la vajilla de mesa, producción mejor acabada y decorada, poniendo de manifiesto, según exponen sus autores, la mala calidad de la producción de la alfarería local cordobesa y los problemas que esta situación provocaba en la ciudad.

Por último, la publicación consta de un apartado final denominado Arqueología y Gestión, con un único trabajo (Pulido Calvo, 321-338) en el que se pone de manifiesto, bajo el ejemplo de Córdoba, la mala gestión que del patrimonio actualmente se está haciendo de forma generalizada. Se proponen algunas medidas de rentabilización patrimonial que atraigan un turismo cultural que ha pasado de ser elitista a abarcar una mayor franja de población, y más concretamente el desarrollo de un turismo arqueológico o "arqueoturismo"; un recurso en alza pero que cuenta con un *handicap* a solventar: la dificultad de la comprensión de los restos.

Esta obra es un buen ejemplo de las enormes posibilidades que presentan las colaboraciones entre distintas instituciones, tarea que no siempre resulta fácil, pero que debemos considerar como algo necesario en la búsqueda de una proyección social de la práctica arqueológica; un conocimiento y concienciación del devenir histórico, arqueológico y patrimonial de un pueblo, ciudad, comarca o comunidad; piezas clave, para entender la configuración actual de nuestro entorno, costumbres y, al fin y al cabo, nuestras formas de vida.

CRISTINA MARTÍNEZ RUIZ
Arqueóloga

Margarita Díaz-Andreu, Gloria Mora Rodríguez y Jordi Cortadella Morral (Coords.), *Diccionario Histórico de la Arqueología en España*, Madrid, Marcial Pons Ed. (Ediciones de Historia), 2009, pp. 782. ISBN: 978-84-96467-45-3.

Esta obra arranca del entusiasmo desbordante de Margarita Díaz-Andreu (profesora del *Department of Archaeology* de la Universidad de Durham, Reino Unido; gran parte de sus investigaciones las ha dedicado a la Historia de la Arqueología), y Gloria Mora Rodríguez (profesora del Departamento de Historia Antigua, Historia Medieval y Paleografía y Diplomática de la Universidad Autónoma de Madrid; investigadora pionera en la Historia de la Arqueología, Numismática y Coleccionismo de antigüedades españolas) por la Historiografía Arqueológica de España que les llevó a idear este proyecto surgido tras la celebración del II Congreso de Historia de la Arqueología en España en 1995 (coordinado por ambas y publicado en 1997). En 1998, se les unieron Jordi Cortadella (profesor del Departamento de la Antigüedad y de la Edad Media de la Universitat Autònoma de Barcelona; una parte destacable de sus estudios está dedicada a la historiografía catalana desde la Edad Media hasta la actualidad) y Jorge Maier (Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid con numerosos estudios dedicados a la Historia de la Arqueología, que abandonó el proyecto en 2002). Los cuatro establecieron el contenido, estructura y metodología primigenia del *Diccionario*.

El *Diccionario* se estructura en 8 bloques, lógicamente siendo el más extenso el dedicado a las voces, con un total de 782 páginas y 703 voces: *Introducción*, *Diccionario Histórico de la Arqueología en España (siglos XV-XX)*, *Bibliografía*, *Abreviaturas*, *Autores*, *Índice Onomástico*, *Índice de Instituciones y Congresos* e *Índice de Publicaciones periódicas y otras*. En la *Introducción* (pp.13-58), los coordinadores realizan un breve pero intenso repaso por la Historia de la Arqueología partiendo del papel de los anticuarios en la época clásica, medieval y renacentista para pasar por la Arqueología humanista, de la Ilustración, su profesionalización durante el siglo XIX hasta la segunda mitad del siglo XX. Finalizan la *Introducción* con una explicación del proceso de elaboración del *Diccionario* partiendo del nacimiento del proyecto hasta su reciente publicación. El bloque dedicado al *Diccionario Histórico de la Arqueología en España (siglos XV-XX)* (pp. 59-713) está compuesto por 703 voces bio-bibliográficas de los protagonistas españoles y de otras

nacionalidades (se han incluido sólo los investigadores extranjeros que han estudiado arqueológicamente alguna zona de España), instituciones y revistas arqueológicas en España desde finales del siglo XV hasta mediados del XX. Para abarcar la envergadura de este trabajo, cada zona geográfica (Galicia, Canarias, Extremadura, Murcia, Baleares, Madrid, Cataluña, Castilla y León, Castilla-La Mancha, País Vasco, Aragón, Andalucía y Valencia), fue coordinada por uno o varios investigadores destacados en la historiografía arqueológica, encargados de organizar la realización de las voces. A éstas se les unieron las alemanas, coordinadas por Michael Blech, y las francesas por Pierre Rouillard, con un total de 117 autores. La estructura de las voces consta de un texto, donde se pretende dar una idea clara y concisa de la bio-bibliografía seleccionada, seguido de las obras principales del estudioso y las lecturas alusivas a su figura. Y, por lógica, la extensión varía en función del personaje o institución estudiada. Es de justicia resaltar que faltan algunas voces que completarían el trabajo pero, sin embargo, creo que debido a la extensión de la obra la selección realizada es la más acertada. La *Bibliografía* (pp. 725-718) se centra en las obras completas sin mencionar los capítulos y sus autores para condensar la mayor información posible en el menor espacio. Se debe mencionar, como crítica constructiva, que la bibliografía es escasa y debería actualizarse, problema debido, en parte, a los siete años que ha durado la realización de esta obra. Tanto la ampliación como la actualización bibliográfica podrán subsanarse sin problemas en una futura reedición que será necesaria por la trascendencia e interés que despertará esta obra entre los investigadores. Los apartados siguientes, *Abreviaturas* (pp.119-722), *Autores* (pp.723-732), *Índice Onomástico* (pp.733-758), *Índice de Instituciones y Congresos* (pp.759-775) e *Índice de Publicaciones periódicas y otras* (pp. 777-782), proporcionan una información complementaria que nos ayudan en la lectura del *Diccionario*.

En suma, para mi ha sido una satisfacción la realización de esta reseña porque he comprobado de primera mano el gran trabajo realizado por los coordinadores y sus colaboradores, los cuales, con su esfuerzo han conseguido publicar una obra única y necesaria para los que nos dedicamos a la Historia de la Arqueología en

España. Creo que la trascendencia de este *Diccionario Histórico de la Arqueología en España* provocará una obligada reedición que deberá plantearse como un nuevo reto que les permitirá la subsanación de algunas ausencias que nada desmejoran a esta gran obra. Y por último, también debemos agradecer a la Editorial Marcial Pons su apuesta en esta publicación, que les ha

supuesto un gran esfuerzo, no sólo en la difícil tarea de edición, sino, también, porque se trata de su primer libro tipo diccionario.

ALICIA LEÓN GÓMEZ
Instituto Julio Caro Baroja
Universidad Carlos III de Madrid

Darío BERNAL y Albert RIBERA I LACOMBA (Eds.), *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*. Servicio de publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz 2008. 1 Vol, 808 pp. ISBN: 978-84-9828-216-0.

La celebración del congreso de la Asociación *Rei-Cretariae Romanae Fautores*, entre el 29 de Septiembre y el 5 de Octubre de 2008 con sede principal en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cádiz, no sólo tuvo como aliciente asistir a interesantes sesiones acerca de las nuevas investigaciones en el mundo de la cerámica romana, sino que de forma inesperada, los asistentes recibimos como regalo uno de los libros, he de reconocer, que más he consultado en los últimos meses. Este no es otro que *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*. Editado por la propia Universidad de Cádiz, una de las más activas y atentas tanto en la celebración de congresos arqueológicos, como en la inmediata publicación de sus actas, algo que, por supuesto, siempre es de agradecer. Con Darío Bernal y Albert Ribera i Lacomba cargando con la responsabilidad de la edición científica, esta publicación contaba desde un primer momento con una de las mejores cartas de presentación, avalada por el concienzudo trabajo del Doctor Bernal en publicaciones anteriores. He de decir que *Cerámicas hispanorromanas*, desde luego, cumple con creces las altas expectativas creadas, llamémoslo así, por sus predecesoras editoriales. Tanto más, cuando uno piensa en la inmensa labor que hay detrás de sus páginas y el tiempo record, unos diez meses, desde que se fraguó la idea hasta que el volumen salió de la imprenta y fue presentado en sociedad en el congreso de los *Fautores*.

El libro se inicia con una introducción de sus editores en la que son presentados los deseos que les han empujado a realizar esta publicación, así como el por qué de su organización en varios bloques con apartados monográficos encargados a diferentes especialistas, algo que desde mi punto de vista supone el primero de una larga lista de aciertos. Además, como buenos conocedores del tema de la cerámica (elemento imprescindible de cualquier estudio arqueológico de calidad), en estas primeras páginas hacen un repaso de aquellos que les precedieron, es decir, de la labor de los investigadores que empezaron a sentar las bases de la investigación ceramológica en la Península Ibérica, dejando de inmediato la palabra a uno de ellos, el doctor Beltrán Lloris, quien a modo de prólogo nos inserta directamente en la temática de la producción de cerámica en la antigua Hispania.

Tras la parte meramente introductoria, nos encontramos ante seis bloques o apartados temáticos, repartidos con gran destreza según cuestiones temáticas y

cronológicas. Dentro de cada uno de los bloques hay varios artículos, que normalmente abordan la realidad de una producción cerámica en particular, presentando, en la mayoría de los casos, valiosas e interesantes ordenaciones de sus diferentes variantes y proponiendo nuevas líneas de investigación de cara al futuro. Sin embargo, también hay espacio para abordar otros aspectos relacionados con la cerámica de la Antigüedad hispana, que no se centran únicamente en el estudio de los distintos tipos de producciones cerámicas. Dichos aspectos encuentran cabida en el primero y el sexto de los bloques temáticos. Desde mi punto de vista, estas dos secciones son de gran importancia y su mera presencia, de acuerdo con las nuevas direcciones de los estudios ceramológicos, es sin lugar a dudas una acertada apuesta.

En el primero de los bloques, dividido en cinco artículos, se tratan cuestiones diversas, presentando dos trabajos dedicados a aspectos historiográficos, otros dos a la articulación de los espacios y procesos de fabricación de la cerámica y el último de ellos a introducirnos en lo que fue la asimilación y producción de cerámicas al estilo itálico en distintas zonas de la Península Ibérica, sobre todo durante el periodo que abarca el siglo I a.C., e inicios del I d.C. Si bien este último capítulo parece estar un poco descolgado de la temática general del bloque y tal vez hubiese sido más correcto haberlo incluido en el apartado siguiente, los demás trabajos abordan cuestiones de gran interés para el profesional que va más allá de la mera clasificación tipológica.

Destacaría sin lugar a dudas el dedicado a las alfarerías, un aspecto poco tratado en la investigación hispanorromana y que probablemente empiece a adquirir mayor protagonismo, gracias a nuevas aportaciones como la que nos presenta José Juan Díaz Rodríguez, quien en un aperitivo de lo que será su futura tesis doctoral, nos hace un acercamiento a los distintos ambientes funcionales y los procesos que eran llevados a cabo en un alfar. Este estudio queda perfectamente completado por el siguiente artículo que, redactado por Jaume Coll Colea, se centra exclusivamente en analizar y ordenar la evidencia arqueológica, del más evidente de los espacios de un taller alfarero, es decir, de los hornos donde se cocían los utensilios cerámicos.

El segundo bloque temático queda reservado para aquellas producciones que se dan en territorio peninsular durante la fase de conquista y lenta entrada de las sociedades autóctonas en los esquemas romanos. Estos tipos cerámicos generalmente están marcados por la

impronta de los pueblos prerromanos que los fabricaron, hundiéndose su raigambre en un periodo anterior a la presencia de Roma en suelo hispano. Así, en la mayor parte de los artículos, en principio, se sobrepasa el límite cronológico en teoría impuesto por el propio título de la obra, ya que al tratar producciones como la cerámica ibérica, la celtibérica, la turdetana o las del Noroeste, nos adentramos de lleno en la protohistoria peninsular. Sin embargo, el planteamiento del bloque en sí es muy acertado, al poner de manifiesto cómo a través del estudio de la cerámica, puede observarse la manera en que evolucionan las sociedades autóctonas ante la presencia de Roma y el influjo cada vez mayor que ésta ejerce, cuyo mejor reflejo es la adopción de nuevas formas y gustos que acaban transformando a unas producciones que, como bien dice la doctora Ana M^a Niveau de Villedary y Mariñas para el caso de la cerámica “Tipo kuass” (p. 256), en general terminarán desapareciendo ante el empuje de las vajillas itálicas o de tipo itálico.

El tercer bloque se centra en analizar las producciones de época Altoimperial. De esta forma, algunos de los capítulos abarcan las que podemos denominar como “producciones clásicas” dentro de la cerámica hispano-romana. La TSH es tal vez el mejor exponente y en este volumen se cuenta con un amplio resumen realizado por las doctoras Fernández García y Roca Roumens, probablemente sus dos mejores conocedoras. Totalmente inserta en las estructuras culturales y administrativas del Imperio romano, la propia singularidad de la Península Ibérica queda de manifiesto a través de las distintas cerámicas en ella elaboradas. Así, nos encontramos con diferentes tipos, que incluyen desde algunas innovaciones típicamente hispanas como la “nuevamente” denominada TSH *brillante*, hasta cerámicas que, desde una óptica propia, imitan las producciones dominantes del momento, como las cerámicas “Tipo Peñaflor” y las llamadas “cerámicas bracarenses”. Hay también espacio para un capítulo dedicado a las producciones “Tipo Clunia”, cerámicas pintadas que hunden sus raíces en momentos anteriores y que continuarán fabricándose en los siglos venideros.

El bloque dedicado a las diferentes vajillas fabricadas entre los siglos III y VII d.C., sin ser uno de los más brillantes, contiene una serie de artículos que logran conformar una guía para entender lo que hasta hace pocos años era un complejo panorama dominado por las vajillas africanas. En este apartado, una vez más vuelven a romperse los supuestos marcos cronológicos del libro y nos encontramos con producciones que llegan hasta el siglo IX d.C. Este es el caso de un artículo al que cuanto menos hay que calificar de valiente y novedoso. Me estoy refiriendo al que Miguel Alba Calzado

y Sonia Gutiérrez Lloret dedican a la más que problemática interpretación de la cerámica de transición entre el mundo tardoantiguo y la Alta Edad Media.

El quinto bloque supone un cambio con respecto a la deriva temática de los capítulos centrales, dedicados principalmente al análisis de la cerámica como vajilla. Ahora pasamos a vernos las caras con el mundo de las ánforas, una de las más singulares producciones cerámicas de la Antigüedad, cuya fabricación tuvo una gran trascendencia en la economía de varias zonas de Hispania. Los distintos capítulos de este apartado suponen en general, una explicación muy esclarecedora de los distintos tipos de ánforas y de sus características formales y funcionales. De nuevo se presentan primero las ánforas de tradición prerromana –con las denominadas ánforas ibéricas, seguidas de las de tradición púnica gaditana–, para pasar a analizarse individualmente y a modo de síntesis, las producciones de época Alto y Bajoimperial de cada una de las provincias hispanas. Tal vez, el único fallo de este apartado, es no haber incluido dos o tres capítulos más. Uno de ellos estaría dedicado a la interesante cuestión de la aparición de restos epigráficos sobre ánforas, que en algunas tipologías anfóricas y en determinados momentos cronológicos tuvo especial trascendencia. Mientras que otro estaría centrado en la espectacular difusión exterior de estos contenedores hispanos, pues hay que tener en cuenta que en ella están una gran parte de los argumentos para entender la riqueza y desarrollo que alcanzaron las provincias hispanas en la Antigüedad. Por último, creo que las producciones ibéricas podrían haber sido incluidas en un pequeño apartado.

En el sexto y último bloque, indudablemente se ha de reconocer un nuevo acierto de los editores, que en este caso queda materializado en haber incluido un apartado dedicado a otros tipos de producciones cerámicas, aquellas que podrían ser consideradas como las olvidadas de la investigación ceramológica. En especial quisiera resaltar el trabajo de la profesora Lourdes Roldán Gómez acerca del material latericio, uno de los grandes protagonistas de la arquitectura romana cuyo corazón es, como no podía ser de otra forma, de cerámica. Sin embargo, este bloque final tiene aún otra sorpresa. Me refiero al capítulo de Josep M. Gurt i Esparraguera y Verónica Martínez Ferreras dedicado a la arqueometría. Quisiera resaltar, que su inclusión tiene bastante trascendencia, pues pone de manifiesto lo imprescindible que son hoy en día los análisis arqueométricos para el arqueólogo dedicado a los estudios sobre cerámica.

Por último, terminaré mi reflexión sobre este libro imitando al Doctor Beltrán Lloris en el prólogo del mismo (p. 37), al destacar que esta obra marca un

punto de inflexión en la historia de la cerámica hispanorromana, convirtiéndose desde el mismo momento de su publicación en un auténtico manual de referencia para el profesional de la arqueología y cumpliendo de este modo las expectativas de sus editores. Únicamente queda por decir que espero que en el futuro pueda ser posible llevar a cabo iniciativas similares, para poder seguir avanzando con el mismo dinamismo que impregna las hojas de *Cerámicas hispanorromanas*, ya que significaría que se está yendo en la dirección correcta para resolver, entre otros, los interrogantes que en este libro se plantean.

BIBLIOGRAFÍA

- BELTRÁN LLORIS, M. (1990): *Guía de la cerámica romana*. Zaragoza.
- BERNAL CASASOLA, D. y LAGÓSTENA BARRIOS, L. (eds.) (2004): *Figlinae Baeticae. Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana*, BAR I.S. 1266 vols. I y II. Oxford.
- ROCA, M. y FERNÁNDEZ GARCÍA, M. I. (eds.) (2005): *Introducción al estudio de la cerámica romana. Una breve guía de referencia*. Monográfico de *CVDAS, Revista de Arqueología e Historia*, Universidad de Málaga. Málaga.
- VVAA (2007): *La producció i el comerç de les àmfores de la província Tarraconensis. Homenatge a Ricard Pascual Guasch*. Museu d'Arqueologia de Catalunya, Servei de Patrimoni Arquitectònic Local, Barcelona.

HORACIO GONZÁLEZ CESTEROS

Doctorando de la Universidad Autónoma de Madrid y la Humboldt Universität zu Berlin.

Iván Fumadó Ortega, *Cartago. Historia de la investigación*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, EE-HAR, ISBN: 978-84-00-08793-7, Madrid, 2009, 264 pp.

Resulta gratificante comprobar, coincidiendo en esta opinión con la prologuista del libro, cómo una nueva generación de autores ha sabido ampliar los tradicionalmente estrechos horizontes geográficos de la investigación arqueológica española, y dedicarse a temas en los que la historiografía hispana apenas había hecho incursiones. Iván Fumadó Ortega pertenece a esta generación, y *Cartago. Historia de la investigación* constituye una estimulante sorpresa, no sólo por la excepcionalidad del tema dentro del panorama historiográfico español – un mérito ya de por sí –, sino también por el excelente trabajo realizado. El autor es plenamente consciente de la excepción que constituye su contribución, y enumera los autores que le han precedido –tan sólo tres– en la dedicación a temas generales de la historia de Cartago, a los que suma apenas una docena más que se han ocupado de temas puntuales (p. 227, n. 23).

La razón de esta exigüidad en la producción historiográfica española sobre Cartago viene de lejos, incluso de puede decir que es doblemente centenaria, y hay que atribuirlo a los cambios socioeconómicos y políticos operados tras la invasión napoleónica, que se fueron traduciendo en un creciente desajuste en todos los aspectos respecto de otras naciones europeas. Durante el siglo XVIII la historiografía ilustrada había conseguido avances notables y la Arqueología, aún dentro de los límites del Anticuarismo, había sentado unas bases mínimas, no sólo en la configuración de la misma como disciplina científica sino también en los prematuros indicios de legislación sobre protección del patrimonio arqueológico. Sin embargo, durante el siglo XIX la distancia entre España y las naciones europeas más avanzadas se fue agrandando, y el país se mantuvo al margen de muchos de los fenómenos que se estaban configurando en Europa y que afectaban al resto del mundo. Uno de ellos era la expansión colonialista europea por Asia y África, en la que España apenas participó, tan sólo –y tímidamente– en Marruecos y Guinea, lo cual le restó posibilidades de organizar grandes expediciones arqueológicas como lo hacían Reino Unido, Francia o Alemania.

Hay, empero, otra razón además de la económica y política que podríamos argüir, aquella que se refiere al ensimismamiento que el romanticismo y el nacionalismo contribuyeron a consolidar en la historiografía española. Ambos ingredientes actuaron como potenciadores de la sensación de aislamiento y de excepcionalidad en detrimento de la universalidad, fenómeno que

se fue agravando en el siglo XX por la Guerra Civil y el régimen de Franco, y sólo fue gradualmente superado a partir de la década de los ochenta.

En principio, Cartago debería haber interesado a los historiadores españoles tanto en cuanto la ciudad norteafricana había precedido a Roma en el control y colonización de gran parte de Hispania según la interpretación comúnmente aceptada. Era parte de la historia de España. Pero la historiografía decimonónica española –y la posterior– siempre consideró a los cartagineses ajenos al componente étnico y cultural hispano. La imagen que irradiaba Cartago era profundamente negativa, a diferencia de la dieciochesca que consideraba a fenicios y cartagineses como cofundadores de la nación española, y siempre estuvo definida en términos de rapiña, falsedad, impiedad, crueldad y expolio de las riquezas patrias. Además, como eterna perdedora no sólo en el frente de guerra sino también en la confrontación cultural contra griegos y romanos, Cartago no gozó de muchas simpatías.

Cartago. Historia de la investigación sienta un valioso precedente y repara, al menos en parte, este secular desapego de la investigación española hacia la historia de la ciudad norteafricana; y lo hace, además, desde una perspectiva historiográfica sugerente y enormemente aclaratoria por crítica, reflexiva y sintética. La historiografía es, según la RAE (2001: 1220), el “estudio bibliográfico crítico de los escritos sobre historia y sus fuentes, y de los autores que han tratado de estas materias”, y esta labor es la desarrollada sistemáticamente por Iván Fumadó, centrándose en la historiografía arqueológica de Cartago, especialmente referida a la topografía de la ciudad, a la que se considera como un único yacimiento arqueológico.

El esquema de libro, ya que está dedicado al análisis historiográfico, consiste en el establecimiento de una serie de fases de la investigación, concretamente siete, que el autor individualiza con criterios indiscutibles basados en los vaivenes de la actividad arqueológica y de las coyunturas políticas. Este núcleo está precedido y proseguido por sendos capítulos dedicados a la presentación y objetivos y a las conclusiones, respectivamente. La primera fase arrancarían desde los mismos orígenes de la historiografía grecolatina referida a Cartago y se prolongaría hasta el siglo XIX, un tiempo excesivamente largo pero unificado por la práctica ausencia de excavaciones arqueológicas y por el recurso exclusivo a los testimonios literarios clásicos,

tardoantiguos, medievales y modernos, entre los que destacan las descripciones de los cronistas medievales o los episodios relacionados con la conquista y ocupación española de Túnez.

A partir de este capítulo, se suceden fases en las que la actividad arqueológica es la protagonista indiscutible en la investigación sobre el pasado de Cartago. El esquema que sigue el autor en todos y cada uno de los capítulos restantes remite a un esbozo ordenado y eficiente que consiste, en primer lugar, en la exposición sintética del contexto político en el que se desenvuelven los protagonistas; seguidamente se hace un breve comentario sobre el contexto epistemológico e historiográfico preponderante en la época, así como una descripción de la metodología y de las técnicas arqueológicas empleadas en las excavaciones; por último, se presenta individualmente a los protagonistas de cada período y su contribución al conocimiento de Cartago y a la bibliografía arqueológica, finalizando el apartado con un balance del período.

Cada uno de estos capítulos es precedido, con ingenio y mucho sentido del humor, por frases extraídas del *Salammbô* de Flaubert que, descontextualizadas, quieren personificar el espíritu de cada período. De esta manera desfilan uno por uno todos aquellos investigadores que han protagonizado la historiografía arqueológica de la ciudad: Delattre, Merlin, Gauckler, Drappier, Poinssot, Carton, Gsell y así un largo etcétera de autores hasta la última generación. Una enumeración tan larga podía haber dado pábulo al tedio, sin embargo la redacción es ágil, el texto se lee fácilmente, por lo que es recomendable incluso a lectores no especializados, aún cuando esto no suponga ninguna merma, sino todo lo contrario, en la calidad científica de la obra.

Los defectos formales que observo en el libro son muy escasos y no afectan a la calidad del trabajo. Por señalar algunos, se utiliza el palabra “exinscrito”, que no aparece en el diccionario de la RAE; se usa inadecuadamente el término “poliorcética”, ya que no consiste es una técnica de defensa como a menudo se cree, sino de ataque; o bien se emplea el término latino plural “pavimenta” sin cursiva. Pero son las excepciones en un libro muy bien estructurado y con una redacción correcta y ágil.

En los aspectos de contenido, el autor parece sentirse a gusto por las sendas de la Arqueología postcolonial y del postprocesualismo, pero esquivo con soltura, equilibrio y moderación todos los excesos que se le pueden atribuir a éste último modelo interpretativo, especialmente el relativismo y el nihilismo, que han conducido a muchos autores a un callejón sin salida y a la disciplina histórica a un ejercicio banal al servicio de la

sociedad de consumo postindustrial. En una época en la que la crítica historiográfica ha alcanzado una gran madurez, paradójicamente se analiza el pasado con criterios del presente, viendo la “paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio”, pues aquello que se critica – la utilización del pasado por el poder– no solo no se evita sino que se abraza. La Arqueología postcolonial ha quedado, en más de una ocasión, limitada a la queja o a la denuncia de una situación que hoy resulta exasperante y denunciabile, pero con los criterios de hoy, no con los pretéritos. Sin colonialismo –en su proyección política y económica– el conocimiento arqueológico de Próximo Oriente y el norte de África no sería, ni mucho menos, el actual. Un fenómeno lleva aparejado al otro de manera indivisible y de poco sirve lamentarse hoy.

En una sociedad como la actual, en la que el pacifismo y la solidaridad se veneran como valores universales, la Arqueología postcolonial define conceptos como *negociación* y *encuentro*, pero olvida otros desgraciadamente universales como guerra, coerción, rechazo, proporcionando en ocasiones una visión edulcorada de la historia. A veces el pasado no se analiza, se juzga, en un ejercicio de maniqueísmo que establece y clasifica en categorías morales a buenos y malos, lo correcto y lo incorrecto. Sin embargo ese saludable espíritu crítico se reserva para el pasado, y los estómagos burgueses agradecidos, la mayoría de ellos pertenecientes al *establishment*, no suelen analizar la realidad presente que no es mucho mejor que la del pasado, sino distinta, a pesar de que haya una mayor concienciación patrimonial. Fenómenos hoy vigentes como el neocolonialismo, la burocratización, la corrupción administrativa, el clientelismo y un largo etcétera, que afectan a la disciplina arqueológica a uno y otro lado del Mediterráneo, parecen olvidados.

Por suerte *Cartago. Historia de la investigación* esquivo esos procelosos senderos, se centra el análisis crítico y evita rendir cuentas al pasado, como si se pudiera cambiar éste. Sólo detecto algunos exabruptos contra la Iglesia –la católica, como no podía ser menos–, lo cual no me extraña porque se ha convertido en el chivo expiatorio y en la diana de todas las invectivas postmodernas. Por ejemplo, en la página 58, aprovecha esta frase: “Mientras que hasta la Ilustración la verdad era un patrimonio basado, engendrado y emanado del poder, a partir de este momento el Estado activó una serie de mecanismos para operar el cambio”, e introduce una nota a pié de página (3) que reza: “Como caso excepcional podríamos tomar la postura del Vaticano: campeón del conservadurismo, el Papa no participó en este movimiento y todavía hoy se mantiene en vigor su infalibilidad dogmática”. En otra ocasión afirma que “No

obstante y desde la perspectiva del concepto de *orientalismo latente* (Said 2005, 199 y ss.) se hace evidente hasta qué punto la historiografía de esta época se desarrolló paralelamente a las demandas de los centros de poder civil y católico” (p. 76). Un poco más adelante se dice que “Las obras de estas décadas se enmarcaban en un contexto cultural en el que se podían individualizar diversos movimientos ideológicos. Algunos de ellos tan peligrosos como el racismo y el antisemitismo, que enlazaba con la teoría degeneracionista de la Iglesia” (p. 78). Por último, hablando del R.P. Delattre, dice que siendo “enviado al Mahgreb bajo las órdenes del cardenal Lavigerie, se instala en las dependencias anexas a la capilla de san Luis con la intención de afirmar la primacía del cristianismo frente al Islam.” (p. 88).

Estas expresiones no constituyen una crítica consistente ni oportuna dentro del tema que el autor analiza, sino que parecen extraídas de una tertulia televisiva o

de los tópicos postmodernos que nadie replica por su propia inconsistencia. Son, como digo, frases sueltas que no empañan el guión del libro, que navega habitualmente por la moderación y la distancia que un historiador debe tomar. En este sentido, suscribo por entero el último capítulo del libro que deja patente la coherencia del autor en la labor historiográfica.

Se trata, por tanto, de un libro muy recomendable para aquellos interesados en la historia de Cartago, especialmente en su dimensión de yacimiento arqueológico. Si además el autor ha realizado una base de datos (ÁBACo) con toda la bibliografía sobre el tema y está disponible de manera gratuita, el esfuerzo desarrollado y el favor a la comunidad científica convierten su trabajo en una obra titánica y de gran trascendencia.

EDUARDO FERRER ALBELDA
Universidad de Sevilla

M. A. FERNÁNDEZ GÖTZ, *La construcción arqueológica de la etnicidad*, Serie Keltia 42, Editorial Toxosoutos, Noia (A Coruña), 2008, 168 pp.

Que un Trabajo de Investigación de Doctorado se convierta en la *opera prima* de un investigador, gracias a su más o menos inmediata publicación como monografía, no debe resultar extraño y es hasta cierto punto habitual, en un ámbito, como la Arqueología, donde aquellos se orientan con frecuencia al estudio e interpretación de nuevos (o antiguos) repertorios materiales o bien al análisis de los resultados obtenidos en las labores de campo. Sí me parece excepcional, en cambio, que una obra de estas características afronte los objetivos y adquiera la envergadura y la profundidad del trabajo que tenemos entre manos. La aparentemente discreta monografía de M. A. Fernández Götz constituye el primer intento de síntesis llevado a cabo en nuestro país sobre la historia de los estudios étnicos en Arqueología. Y digo aparentemente porque, a pesar del tamaño físico del volumen, el autor ha sabido sintetizar con maestría las diferentes tendencias que desde el siglo XIX han tratado de estudiar la identidad étnica a través, fundamentalmente, de los restos materiales: desde las primeras tentativas del Historicismo Cultural, donde se gesta el binomio etnia-cultura arqueológica, hasta los enfoques constructivistas de la arqueología postmoderna. Desde la obsesión normativista por la descripción y delimitación geográfica de grupos étnicos hasta los debates en torno al carácter subjetivo u objetivo de la manifestación externa de esa identidad (los famosos “rasgos étnicos”), o los factores y mecanismos que generan o activan los procesos etnogenéticos.

Ciertamente, no se trata de un tema nuevo. En los últimos años el interés por los estudios étnicos, en general, y por el análisis arqueológico de las etnias históricas en particular, ha dado como resultado una nutrida nómina de trabajos que ya, a día de hoy, resultaría oneroso relacionar de forma exhaustiva. Baste recordar la reciente publicación de algunas obras colectivas, como *Identidades étnicas – Identidades políticas en el mundo prerromano hispano* (Cruz Andreotti y Mora Serrano 2004), *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana* (Wulff y Álvarez 2009) o *Arqueología Espacial: Identidades* (Sastre 2009), así como el ingente número de síntesis regionales llevadas a cabo sobre diferentes áreas culturales, como el Levante (Aranegui y Vives-Ferrándiz 2006) o la región tartésica (Belén 2007; García Fernández 2007), o bien sobre los grupos étnicos mencionados por las fuentes clásicas: celtíberos (Lorrio 1997), vetones (Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchis 2002), galaicos (González Rubial

2006-07), púnicos (Ferrer 1998), entre otros. Es más, podría decirse, sin riesgo a equivocarnos, que desde la revitalización de los estudios étnicos a principios de los años noventa, con la publicación de las actas del congreso *Paleoetnología de la Península Ibérica* (Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero 1992), estos trabajos han progresado no sólo en cantidad, sino también en calidad, tanto a nivel metodológico como en profundidad teórica. Y es que lejos de verse como una moda, al igual que ocurre con otras líneas temáticas de la arqueología actual, los estudios sobre la identidad étnica se han convertido en una auténtica preocupación para el investigador moderno. Ello responde no sólo a una coyuntura histórica en la que la etnicidad –como otras formas de identidad– ha cobrado un creciente protagonismo en un mundo cada vez más globalizado, como resultado de los procesos migratorios, los conflictos sociales derivados de la descolonización y, sobre todo, la crisis del modelo clásico de estado (véase Friedman 2001), sino también al papel que han jugado –y están jugando– los argumentos étnicos en la legitimación ideológica y política de movimientos nacionalistas de diferente sesgo. Se trata de una razón más que suficiente para justificar el actual interés por deconstruir los modelos interpretativos tradicionales, de corte idealista, planteando explicaciones alternativas a los procesos etnogenéticos del pasado a partir de la experiencia presente y sobre la base de un nuevo paradigma que tenga en cuenta el carácter discursivo, contextual, dinámico y multiforme de la identidad. Aunque, si se trata realmente de adoptar de forma rigurosa una postura *emic*, “la lógica desconfianza postprocesual hacia cualquier forma esencialista del pasado no debería oscurecer el potencial crítico y emancipador que muchos movimientos étnicos y nacionales, sobre todo cuando proceden de grupos minoritarios subalternos, tienen contra la uniformización «racional» que el sistema capitalista pretende implantar en todo el planeta” (Fernández Martínez 2006: 207).

En este contexto es donde se inserta la obra de Fernández Götz, que viene a satisfacer la necesidad de un análisis global de la interpretación étnica en Arqueología, ofreciendo al lector un esquema evolutivo sencillo y nítido, a partir de los paradigmas teóricos predominantes, al tiempo que desarrolla un epítome crítico de las principales corrientes y de las aportaciones individuales más destacadas. Una suerte de vademécum que permite rastrear y comprender las pulsaciones epistemológicas e ideológicas que subyacen a la explicación

histórica y arqueológica de la etnicidad desde sus inicios hasta la actualidad.

El libro se abre con una breve introducción (capítulo 1), donde el autor plantea precisamente estos objetivos, justificando la pertinencia de la obra en un entorno académico y social en el que, como hemos podido ver, las cuestiones identitarias están acaparando la atención de numerosos especialistas en todos los campos de las ciencias humanas. A partir de aquí, el contenido se desarrolla en cuatro capítulos (2 al 5), en los que se realiza un recorrido por los diferentes enfoques y paradigmas desde los que se ha abordado el fenómeno étnico por parte de los arqueólogos y antropólogos modernos: el Historicismo Cultural (idealismo – esencialismo), las visiones normativistas de la antropología funcionalista y la *New Archaeology* (instrumentalismo), la aportación del pensamiento postmoderno a través de la sociología postestructuralista y la arqueología postprocesual (constructivismo), para terminar con una reflexión sobre los retos presentes y las posibilidades futuras de los estudios étnicos, en la que se proponen soluciones alternativas a los problemas conceptuales y metodológicos planteados desde las diferentes perspectivas analizadas.

Así pues, el segundo capítulo (*El paradigma étnico-cultural*) está destinado a analizar las primeras aproximaciones “científicas” al fenómeno de la etnicidad de la mano del positivismo y del Historicismo Cultural, así como su evolución durante las primeras décadas del siglo XX. Se hace especial hincapié en el contexto historiográfico e ideológico en el que nacen estos estudios, marcado por un notable incremento de la documentación arqueológica disponible y por el auge de los nacionalismos en la Europa continental, a lo que sin duda habría que añadir la expansión colonial en África y el sureste asiático, que demandaba una justificación científica solvente que sancionara la superioridad de las naciones occidentales y la necesidad de civilizar a los pueblos menos desarrollados. Esta demanda había encontrado una respuesta satisfactoria en el difusionismo, que se impone al evolucionismo unilineal como explicación del cambio cultural, y en el “esencialismo”, entendido éste como la capacidad que se atribuye a los pueblos para mantener inalterados sus rasgos fundamentales a lo largo del tiempo. No obstante, es la escuela alemana, y especialmente la figura de G. Kossinna, la que acapara la atención del autor, debido sobre todo al papel jugado por este investigador en la construcción de una metodología de trabajo y unas pautas interpretativas que permitieran rastrear grupos étnicos en el pasado a través de los rasgos materiales e inmateriales de su cultura, como la cerámica, las formas de enterramiento, pero también su lengua y sus creencias.

Ciertamente, el “método Kossinna”, como lo denomina el propio autor, y las aportaciones teóricas de la denominada Escuela histórico-cultural de Viena, donde se forja el concepto de *Kulturkreis* (“círculo cultural”), contribuyeron a trazar las líneas básicas del estudio histórico y arqueológico de la etnicidad, no tanto como fenómeno, sino como expresión “natural” y primordial de la “esencia” de los pueblos. Sin embargo, creo que la estructura del apartado no está del todo bien planteada. A mi juicio, hubiera sido preferible que los antecedentes del pensamiento de Kossinna, no sólo la labor de O. Montelius, sino también la influencia de la Escuela de Viena, hubieran quedado expuestos previamente al análisis crítico de la obra del investigador alemán. Por otro lado, el discurso habría quedado mucho más claro y lineal si se hubieran abordado primero las consecuencias ideológicas y políticas de las tesis de Kossinna, especialmente su uso por parte del Nacional Socialismo (punto 2.5) para, a continuación, examinar su impacto en el pensamiento histórico europeo (punto 2.4), ya que, a pesar de las numerosas críticas vertidas, la influencia de éstas trascendió el periodo de entreguerras y se prolongó hasta los años cincuenta y sesenta del pasado siglo, sobre todo de la mano de V. Gordon Childe. A pesar de ello, estoy totalmente de acuerdo con las ideas vertidas por el autor y muy especialmente con la valoración que realiza sobre el alcance de las ideas de Kossinna, no sólo a nivel metodológico (mantenimiento de los principios básicos de la *Siedlungarchäologie* en distintos ámbitos académicos, como el español), sino también desde el punto de vista teórico, toda vez que queda plenamente asumido como paradigma científico la identificación entre grupos étnicos y “culturas arqueológicas” (*paradigma étnico-cultural*), que implica como es lógico la posibilidad de reconocer a través de la Arqueología pueblos históricos y rastrear su evolución a lo largo del tiempo. En este sentido, convengo con el autor en que convendría desligar la operatividad –y validez– del propio método, que se gesta y desarrolla en un contexto histórico y epistemológico determinado, de sus posibles usos con fines ideológicos o políticos. Sin duda, “reducir el paradigma étnico-cultural a una instrumentalización política de la Arqueología por parte de personajes como Kossinna sería simplificar un fenómeno mucho más complejo” (p. 41).

El siguiente capítulo (*Entre escepticismo arqueológico y eclosión antropológica*) comienza precisamente con un excursus sobre la orientación de los estudios étnicos durante los años posteriores a la II Guerra Mundial, que se caracterizan por el rechazo frontal a las ideas de Kossinna e incluso por el escepticismo ante la posibilidad de analizar el fenómeno de la etnicidad desde

la propia Arqueología. Esta actitud será especialmente evidente en Alemania, donde los excesos del periodo precedente generaron un cierto descrédito hacia los desarrollos teóricos, así como un retorno a la tradición positivista y compiladora, pretendidamente aséptica, que sólo en los últimos años, salvo excepciones, está empezando a ser superada, como ha puesto de manifiesto la reciente celebración de reuniones, de como *Spuren und Botschaften: Interpretationen materieller Kultur* (Veit 2001), *Soziale Gruppen-kulturelle Grenzen. Die Interpretation sozialer Identitäten in der Prähistorischen Archäologie* (Burmeister y Müller-Scheessel 2006) o *Auf der Suche nach Identitäten: Volk – Stamm – Kultur – Ethnos* (Rieckhoff y Sommer 2007). Sin embargo, como apunta Fernández Götzt, “tras la aparente desacreditación de las categorías étnicas se mantuvieron, de forma generalmente implícita, numerosos postulados del paradigma étnico-cultural, como muestra el abundante recurso a la migración y a la difusión para la explicación del cambio cultural” (p. 49), hasta el punto de que, en muchos casos, el uso de la nueva –y supuestamente inocente– noción de “cultura arqueológica” no dejaba de ser más que un trasunto de los viejos conceptos de “grupo étnico” o “círculo cultural”.

A continuación el autor analiza la aportación de la *New Archaeology* y de la Antropología a los estudios sobre la identidad étnica. La primera nació como reacción y alternativa al difusionismo y al modelo historicista cultural, que se encontraba ciertamente agotado, proponiendo un enfoque científico y normativo, que se nutría tanto de las teorías sobre la cultura vigentes en este momento –especialmente el Funcionalismo–, como de los métodos de trabajo de las denominadas “ciencias puras” –método hipotético-deductivo–, adoptando los enfoques ecológicos y los modelos de interpretación sistémicos. Aunque, como indica el autor, la etnicidad y, en general, el estudio de las identidades no gozaron del interés de los “nuevos arqueólogos”, el desarrollo teórico de la Arqueología y especialmente de la Antropología contribuyó a un cambio de paradigma, al considerar la etnicidad como una estrategia adaptativa más, activada a menudo por la organización sociopolítica en contextos determinados, marcados generalmente por el contacto intergrupar. Por primera vez se rompe la ecuación culturales arqueológicas – grupos étnicos, al entenderse estos últimos no ya como una expresión natural y concreta de los rasgos culturales, sino como una herramienta contingente que manipula y objetiviza la diferencia como forma de adaptación. No obstante y a pesar de ello, “la noción de cultura arqueológica continuó siendo utilizada como unidad básica de descripción y clasificación por buena parte de los arqueólogos” (p. 61), mientras

que la nueva conceptualización de la etnicidad desarrollada por la Antropología y la Sociología apenas incidirá realmente en la investigación arqueológica hasta finales la década de los ochenta.

Sin duda, Fernández Götzt ha sabido identificar en este capítulo las principales contribuciones realizadas desde las Ciencias Sociales, no sólo en el ámbito anglosajón, sino también en otras escuelas como la noruega, donde sobresale la figura de F. Barth. No obstante, si bien el papel de Barth en la definición teórica de la etnicidad resulta evidente, no lo es tanto en el caso de otros autores cuya influencia no siempre ha sido suficientemente reconocida, como ocurre con el alemán M. Weber o con el norteamericano E.C. Hughes, cuyas obras, pioneras en muchos sentidos, están siendo recuperadas en los últimos años. Es en este contexto, y siempre dentro de la Antropología, donde se produce el debate entre “primordialismo” e “instrumentalismo”, así como entre las visiones “objetivistas” y “subjetivistas” de la etnicidad, que ocupa la última parte de este capítulo. El término primordialismo –acuñado a finales de los años cincuenta– engloba a todas aquellas teorías que consideran la etnicidad como algo innato y natural al ser humano, ya se fundamenten en causas psicológicas (o biológicas) o recurran a las añejas esencias culturales. Utilizan, además, una serie de rasgos “objetivos” (lengua, origen, religión, cultura, etc.) que representan los vínculos “primordiales” que identifica a los miembros de un mismo grupo. Por su parte, el instrumentalismo concibe la identidad étnica como un “instrumento” que permite mantener la cohesión del grupo social ante una situación externa de conflicto o de competencia. En cualquier caso, la clave reside en el hecho de que la etnicidad no se considera ya una categoría de los seres humanos, sino un proceso social que se activa conscientemente sólo cuando se produce una situación de interacción con otros grupos. Desde principios de los años sesenta han proliferado varias escuelas y varias teorías que pueden etiquetarse como “instrumentalistas”, mientras que el número de contribuciones en esta línea no ha dejado de crecer. Sin embargo, como indica el autor, hay que tener en cuenta que “en ocasiones los límites entre ambas perspectivas resultan más difusos de lo que en principio puede parecer, siendo ciertamente complicado encuadrar a un autor dentro de una u otra corriente” (p. 66), como suele ocurrir a veces con F. Barth.

Por lo que respecta al debate “objetivismo” vs “subjetivismo”, éste se encuentra asociado al predominio de los enfoques *etic* y *emic* en el análisis de la identidad étnica. A igual que ocurre con la controversia entre “primordialistas” e “instrumentalistas”, Fernández Götzt considera complicado agrupar a los investigadores en

una u otra categoría, sobre todo porque es difícil –y sumamente simplista– reducir el análisis de la etnicidad a un solo enfoque.

Precisamente este es el caso de F. Barth y A. Cohen, a cuyas aportaciones el autor reserva un comentario más detallado y profundo. Del primero destaca la definición de la identidad étnica como una construcción subjetiva que surge de la propia sociedad, especialmente en situaciones de contacto (fronteras sociales), así como la definitiva desvinculación entre la etnicidad (entendida como un proceso social) y las manifestaciones de la cultura. Así pues, “solamente los factores socialmente importantes pueden ser considerados diagnósticos para los miembros, no así las diferencias objetivas y manifiestas generadas por otros factores” (Barth 1976 [1969]: 16-17). La visión de Cohen, en cambio, se encuentra excesivamente ligada a la utilidad de la etnicidad como una estrategia (instrumento) de control político y económico; sin embargo, por otro lado introduce una variable objetivista ciertamente útil desde un punto de vista metodológico, como es el papel de algunos elementos culturales –entre ellos, los restos materiales– en la construcción de la etnicidad, lo que autoriza a la Arqueología a rastrear la formación de identidades étnicas en el pasado a través de aquellas manifestaciones materiales de la cultura que se consideren especialmente significativas. Algo que, como veremos a continuación, tendrá una enorme repercusión en la siguiente etapa.

En el cuarto capítulo (“*Repensando*” la etnicidad) se trata conjuntamente la introducción en Arqueología de las tesis “instrumentalistas” y la aparición de nuevas tendencias interpretativas que se van imponiendo desde finales de los años ochenta de la mano de la arqueología postprocesual y de las distintas corrientes postmodernas procedentes, una vez más, de la Antropología y la Sociología. Por lo que respecta a la primera cuestión, el autor analiza la nueva comprensión del estilo que empieza a desarrollarse a fines de los setenta como contraposición al modelo dicotómico de estilo y función impuesto por la arqueología procesual en la década anterior. Desde este punto de vista, el estilo, es decir, los aspectos no técnicos de la cultura material, se comporta como un medio de comunicación activo entre los individuos y, por lo tanto, es susceptible de expresar la identidad, tanto étnica como social. Destaca, sobre todo, la figura de I. Hodder, a quién el autor considera el principal responsable de la recuperación del interés por la etnicidad en la arqueología europea, al explorar los aspectos simbólicos de la cultura material y su papel activo en la negociación –y expresión– de las identidades colectivas en situaciones de contacto y frontera (de nuevo, interacción).

Sin embargo, el principal aspecto tratado en este apartado es la aparición de las tesis postmodernas y su contribución a un cambio de paradigma respecto a la definición teórica de la identidad étnica. Esta nueva etapa coincide en el tiempo con lo que se viene denominando “la revitalización étnica”, un fenómeno social a gran escala que, como hemos visto al principio, acabará proyectándose rápidamente en el ámbito académico. Ello explica la enorme proliferación durante las dos últimas décadas de ensayos, congresos y estudios monográficos que tienen a la etnicidad como objeto de estudio.

Fernández Götz realiza un acertado recorrido por las principales aportaciones llevadas a cabo, ahora sí, directamente desde la Arqueología. Este recorrido comienza con una amplia –aunque no exhaustiva– reseña al volumen *Archaeological Approaches to Cultural Identity*, editada por S. Shennan en 1989, para terminar analizando lo que considera dos obras clave en el desarrollo del análisis histórico-arqueológico de la etnicidad: el libro de S. Jones, *The Archaeology of Ethnicity. Constructing identities in the past and present* (1997), y el trabajo de J.M. Hall (1997) sobre la etnicidad en la antigua Grecia. Por lo que respecta al primero, el autor destaca especialmente la introducción realizada por el propio editor, donde no solamente se analiza el estado de la cuestión desde una perspectiva arqueológica, sino que se “advierten ya algunas de las líneas interpretativas que marcarían la investigación durante la época posterior” (p. 94), integrando en una perspectiva netamente instrumentalista algunas contribuciones procedentes de la arqueología postprocesual. Así pues, Shennan dejará planteados los tres principales problemas que centrarán la atención de los investigadores durante la siguiente década: la conceptualización de la “etnicidad” (de nuevo el problema “objetivismo” vs “subjetivismo”), la relación entre identidad étnica y cultura material (la ecuación culturas arqueológicas/grupos étnicos) y el alcance temporal del fenómeno de la etnicidad, es decir ¿a partir de qué momento podemos hablar de grupos étnicos? Esto nos lleva a una cuestión no menos peliaguda: la capacidad de la Arqueología para hacer frente a la identificación y estudio de los grupos étnicos del pasado a través de los restos materiales.

Todos estos problemas fueron tratados con profundidad por S. Jones y J.M. Hall, la primera desde una perspectiva más teórica, mientras que Hall fue el encargado de trasladar el interés por la etnicidad a la historia del Mediterráneo antiguo. Personalmente creo que la obra de Jones tiene un mayor alcance, a pesar de sus posibles carencias, sobrepasando con creces las limitadas posibilidades que ofrece el trabajo de Hall para el estudio arqueológico de la etnicidad. Quizá se echa

de menos un análisis más exhaustivo de este ensayo en la síntesis de Fernández Götz, aunque ha sabido señalar perfectamente las principales aportaciones llevadas a cabo por la investigadora británica, especialmente la introducción de la Teoría de la Acción y el concepto de *habitus* de Bourdieu en la interpretación arqueológica. Siguiendo la estela de Bentley, Jones aspira a superar la oposición entre “objetivismo” y “subjetivismo”, tendiendo un puente entre primordialismo e instrumentalismo. Considera la etnicidad no como una proyección estática de la cultura o una categoría subjetiva de los seres humanos, sino como un proceso socialmente construido, extraordinariamente dinámico y discursivo, cuya génesis hay que buscarla en el seno de las propias prácticas sociales; sin embargo, advierte que el sentimiento de identidad étnica no surge directamente del reconocimiento de las prácticas compartidas por los miembros de un mismo grupo (*habitus*), sino precisamente de lo contrario, cuando se activa la conciencia de diferencia como resultado del contacto o la interacción con otros grupos, es decir, cuando hay un reconocimiento de la alteridad (Jones 1997: 93-94). Asimismo, al tratarse de una construcción social y, por tanto, de un proceso abierto de negociación, Jones profundiza en el papel activo que puede jugar eventualmente la cultura material en el reconocimiento y la expresión de la etnicidad, lo que deja abierta la posibilidad de identificar y explorar los procesos etnogenéticos a través de la metodología arqueológica.

El capítulo acaba con una suerte de “Epílogo” donde el autor epitomiza algunas de las principales contribuciones llevadas a cabo en la última década sobre análisis arqueológico de la etnicidad, así como su aplicación a diferentes etapas y áreas culturales. Dada la imposibilidad de abordar exhaustivamente todos los trabajos relevantes publicados en este periodo de especial efervescencia de los estudios étnicos, Fernández Götz opta por centrarse en cinco ensayos que recogen, en su opinión, las principales líneas interpretativas y los temas prioritarios sobre los que se ha ocupado recientemente la investigación. Se trata, a saber, de la obra de S. James, *Atlantic Celts. Ancient People or Modern Invention?* (1999), *Beyond Celts, Germans and Scythians: Archaeology and Identity in Iron Age Europe* de P.S. Wells (2001), *Heterological ethnicity: conceptualizing identities in ancient Greece* de J. Siapkas (2003), *Ethnische Interpretationen in der frühgeschichtlichen Archäologie* de S. Brather (2004) y *Ethnic Identity and Imperial Power: the Batavians in the early Roman Empire*, publicado por N. Roymans en 2004. Entre ellos yo destacaría sobre todo la poco conocida obra de Siapkas, que ha sido la única capaz de trascender no sólo

la visión instrumental del Procesualismo, sino incluso el modelo alternativo propuesto por S. Jones, al introducir un nuevo nivel de complejidad a través del concepto de *táctica* desarrollado por M. de Certeau y, por tanto, reconocer la posibilidad de que los individuos o los grupos puedan evadirse de las disposiciones estructurantes de la práctica hegemónica.

El último capítulo (*Reflexiones y puntos de partida para una arqueología de la etnicidad*) constituye, como indica el autor, “un ejercicio de reflexión personal, cuya finalidad no es ofrecer respuestas ni plantear conclusiones, sino simplemente exponer una serie de ideas y preguntas que contribuyan al desarrollo de un debate crítico y fructífero” (p. 119). En él se pasa revista a los aspectos fundamentales analizados en la obra, aportando ideas propias y meditando sobre las posibilidades presentes y futuras de las aproximaciones étnicas en Arqueología. Aunque básicamente comparto las propuestas vertidas por el autor, y aún a riesgo de agotar el espacio disponible, me gustaría glosar algunas cuestiones que creo definen a la perfección el estado actual del debate en torno al estudio de la identidad étnica. La primera es el potencial de la Arqueología para explorar la etnicidad de las sociedades prerromanas a través de la documentación material, “especialmente en aquellos contextos donde es posible contrastar nuestros resultados con la información de las fuentes escritas” (p. 120). Sin embargo, no pienso, como sostiene Fernández Götz, que los estudios sobre la identidad étnica carezcan de fiabilidad cuando únicamente se cuentan con restos materiales y no se puede recurrir a la documentación escrita. Al fin y al cabo, los objetos pueden jugar un papel activo en la negociación de las identidades. Aunque su mensaje no sea tan explícito como el de los textos, la Arqueología es capaz de identificar la formalización de prácticas y códigos en situaciones de interacción o conflicto que pueden materializarse en determinados elementos de la cultura material, ya sea a través de su uso, ya sea a través de sus atributos o del estilo.

Respecto al propio concepto de etnicidad, coincido con el autor en su carácter polifacético y dinámico, siguiendo muy de cerca las ideas consignadas por S. Jones en sus definiciones de “eticidad” o “grupo étnico”. No obstante, Fernández Götz considera que se exagera en el énfasis que se ha venido poniendo durante los últimos años en la condición “fluida” y “cambiante” de la etnicidad. Desde mi punto de vista el dinamismo que se atribuye a los grupos étnicos no responde tanto a su inestabilidad, es decir, a una tendencia a mutar en un lapso relativamente corto de tiempo, sino a todo lo contrario, su capacidad para adaptarse –manteniendo buena parte de sus rasgos culturales– a las nuevas situaciones,

revisando, modificando o reforzando las bases ideológicas, simbólicas y materiales que, generadas por la práctica social, marcan la frontera con el o los otros grupos sociales. Esto nos conduce a la siguiente cuestión: los elementos culturales que participan en la negociación de las identidades colectivas. En efecto, como indica el autor, los grupos étnicos pueden comunicar su identidad a través de una serie de elementos considerados diacríticos que son seleccionados consciente o inconscientemente de un amplio repertorio cultural, al igual que ocurre con los grupos de poder, los grupos de edad o género y las clases sociales. Ahora bien, ello no significa asumir la identificación entre “cultura arqueológica” y “grupo étnico”; así pues, el autor niega la posibilidad de que existan unos marcadores culturales “objetivos” de etnicidad, sino más bien “una serie de elementos que, en función de cada contexto específico, pueden aparecer vinculados a ella” (p. 128). Es lo que denomina “indicios de etnicidad”.

También creo, como indica Fernández Götz, en la necesidad de superar el antagonismo entre los enfoques *emic* y *etic*. No sólo resulta difícil acceder al discurso “subjetivo” elaborado por las sociedades antiguas, aún cuando contamos con documentos escritos, sino que, en ocasiones, la identidad étnica es construida a partir de definiciones *exoétnicas*, es decir, la proyección de una imagen elaborada por el *otro*, pero que es asumida y manipulada por el propio grupo en su beneficio. Este pudo ser el caso, por ejemplo, de la identidad “turdetana”, que es potenciada y reinventada durante los primeros siglos de la ocupación romana. En este sentido, es preciso aceptar las limitaciones de los testimonios literarios, que suelen proporcionarnos una visión sesgada o parcial de la identidad, generalmente en relación con los intereses del grupo dominante o, en todo caso, de la persona que escribe. Resulta arriesgado admitir que la imagen vertida por un autor, aunque emane también de la propia práctica social, tenga necesariamente que coincidir, en los mismos términos, con los sentimientos de afinidad desarrollados por el resto de los miembros del grupo al que hace referencia. Asimismo, convengo con Fernández Götz en que “las perspectivas *etic* pueden permitir identificar elementos culturales constitutivos de una determinada identidad étnica que no han sido conscientemente percibidos o asumidos por los propios autores” (p. 125), así como también el uso y la distribución de los posibles objetos o signos “distintivos” en aquellos casos en los que no contemos con referencias explícitas de las fuentes escritas.

Por último, uno de los principales problemas a los que inevitablemente se enfrenta la Arqueología es la manera de discernir los elementos materiales que son

usados para expresar la etnicidad de aquellos otros asociados a otras formas de identidad cultural. Yo iría incluso más allá, puesto que es posible que un determinado elemento sirva, en distintos contextos y en relación con distintos interlocutores, para marcar diferentes tipos o facetas de la identidad. Siguiendo a S. Jones (1997: 126) el autor considera que sólo un estudio contextual y diacrónico de una amplia variedad de fuentes y clases de datos podrá proporcionar las evidencias necesarias para comprender de qué manera los elementos materiales de la práctica cotidiana son transformados en símbolos étnicos activos y cómo son utilizados por el grupo, a través de las variaciones en sus rasgos morfológicos y estilísticos o en su distribución. En definitiva, “se trata de averiguar qué aspectos de la cultura material, consciente o inconscientemente seleccionados, son los que aparecen en cada momento vinculados a la expresión y negociación de la identidad étnica” (p. 132).

Para terminar y como conclusión, el autor realiza unos breves apuntes sobre el estudio de la etnicidad en la Protohistoria, precisamente la etapa, como bien dice, en la que se ha focalizado buena parte del interés de la arqueología europea por la cuestión étnica. Establece, a partir de un reciente trabajo de G. Ruiz Zapatero, las tres fases en las que, en su opinión, debe estructurarse el análisis arqueológico de la etnicidad: la definición de un marco espacio-temporal a partir de las referencias escritas sobre grupos étnicos, contrastándolo con la distribución de los diferentes elementos de la cultura material; una vez determinado algún tipo de “marcador étnico” asociado a un grupo conocido, el siguiente paso sería rastrear de forma retrospectiva su uso, definiendo su dimensión o profundidad temporal; por último, es preciso analizar “cómo se articula la interrelación entre los diversos tipos de identidad social, así como el papel activo que desempeña la cultura material en la configuración y negociación de la identidad étnica tanto hacia el interior como en relación con otros grupos limítrofes” (p. 137).

En definitiva, nos encontramos no sólo ante un recorrido crítico –conciso y profundo al mismo tiempo– por las diferentes aproximaciones que se han realizado desde la Arqueología al fenómeno de la etnicidad, sino que el autor se atreve a abordar los principales problemas a los que se enfrenta el estudio arqueológico de la identidad –no sólo étnica, sino en general, la identidad en todas sus formas y expresiones– proponiendo posibles soluciones y vías de trabajo alternativas que permitan explorar esta faceta del comportamiento humano en toda su complejidad, desarrollando estrategias y herramientas útiles para el análisis de casos concretos en diferentes etapas cronológicas y distintos niveles de desarrollo cultural.

Asimismo, es de justicia valorar la amplitud y variedad del aparato bibliográfico utilizado, especialmente en lo que se refiere a la literatura continental. El autor ha sabido equilibrar el peso de las diferentes escuelas y tradiciones historiográficas, reconociendo las contribuciones que los arqueólogos, antropólogos o sociólogos alemanes, franceses, austriacos, noruegos, soviéticos, etc. han realizado a la construcción teórica de la etnicidad, un papel que muchas veces ha quedado a la sombra, especialmente ante el monopolio intelectual adquirido por la escuela anglosajona desde finales de los años sesenta. Así pues, hay que agradecer al autor la compilación de un elenco sumamente útil, con referencias a autores y títulos que, en muchos casos, son desconocidos en el ámbito académico español.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO-GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (eds.) (1992): *Paleoetnología de la Península Ibérica (Complutum 2-3)*. Madrid.
- ARANEGUI, C. y VIVES-FERRÁNDIZ, J. (2006): “Encuentros coloniales, respuestas plurales: los ibéricos antiguos en la fachada mediterránea central”, en *De les comunitats locals als estats arcaics: la formació de les societats complexes a la costa del Mediterrani occidental, Homenatge a Miquel Cura (Arqueo Mediterrània 9/2006)*: 89-107. Barcelona.
- BARTH, F. (1976 [1969]): “Introducción”, en F. Barth (ed.), *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*: 9-49. México.
- BELÉN DEAMOS, M^a. (2007): “Fenicios en Tartessos: de la aculturación indígena a la pluralidad cultural”, en M. Bendala y M^a. Belén (eds.), *V Congreso de Historia de Carmona. Los orígenes de la ciudad: la Carmona Protohistórica*: 159-194. Carmona.
- BURMEISTER, S. y MÜLLER-SCHEESSEL, N. (eds.) (2006), *Soziale Gruppen - kulturelle Grenzen. Die Interpretation sozialer Identitäten in der Prähistorischen Archäologie*. Münster.
- CRUZ ANDREOTTI, G. y MORA SERRANO, B. (eds.) (2004): *Identidades étnicas – Identidades políticas en el mundo prerromano hispano*. Málaga.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V.M. (2006): *Una Arqueología crítica. Ciencia, ética y política en la construcción del pasado*. Barcelona.
- FERRER ALBELDA, E. (1998): “Suplemento al mapa paleoetnológico de la Península Ibérica: los púnicos de Iberia”, *RSF XXVI* (1): 31-54.
- FRIEDMAN, J. (2001): *Identidad cultural y proceso global*. Buenos Aires.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (2007): “Etnología y etnias de la Turdetania en época prerromana”, *CuPAUAM* 33: 117-143.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2006-07): *Galaicos. Poder y comunidad en el Noroeste de la Península Ibérica (Brigantium 18/19)*. A Coruña.
- HALL, J.M. (1997): *Ethnic identity in Greek antiquity*. Cambridge.
- JONES, S. (1997): *The Archaeology of Ethnicity. Constructing identities in the past and present*. Londres/ Nueva York.
- LORRIO, A. (1997): *Los Celtíberos. Complutum Extra 7*. Madrid.
- RIECKHOFF, S. y SOMMER, U. (eds.) (2007): *Auf der Suche nach Identitäten: Volk – Stamm – Kultur – Ethnos (Internationale Tagung der Universität Leipzig, 8-9 de diciembre de 2000)*, BAR, International Series 1705. Oxford.
- RUIZ ZAPATERO, G. y ÁLVAREZ-SANCHÍS, J.R. (2002): “Etnicidad y Arqueología: tras la identidad de los Vettones”, *Spal* 11: 253-275.
- SASTRE PRATS, I. (coord.) (2009): *Arqueología Espacial: Identidades. Homenaje a M^a Dolores Fernández-Posse (Arqueología Espacial 27)*. Teruel.
- VEIT, U. y otros (eds.) (2001): *Spuren und Botschaften: Interpretationen materieller Kultur*. Münster.
- WULFF ALONSO, F. y ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (eds.) (2009): *Identidades, culturas y territorios en la Andalucía prerromana*. Málaga.

FRANCISCO JOSÉ GARCÍA FERNÁNDEZ
Universidad de Sevilla